

www.elboomeran.com

GYÖRGY SPIRÓ

EXPOSICIÓN  
DE PRIMAVERA

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO DE  
ESZTER ORBÁN Y ANTONIO MANUEL FUENTES

BARCELONA 2013



ACANTILADO

www.elboomeran.com

TÍTULO ORIGINAL *Tavaszi Tárlat*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2010 by György Spiró. Edición negociada a través de SalmaiaLit  
© de la traducción, 2013 by Eszter Orbán  
y Antonio Manuel Fuentes Gaviño  
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, tanque soviético delante del Museo  
de Arte Moderno en la plaza de los Héroes (Budapest, 1956)

ISBN: 978-84-15689-31-7

DEPÓSITO LEGAL: B. 31 510-2012

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

No viene mal ser ingresado en un hospital los días previos al estallido de una revolución, permanecer allí hasta su sofocamiento y luego convalecer apaciblemente en casa mientras duran las represalias. De este modo, el destino lo protege a uno en los días críticos de tomar una decisión equivocada, es más, de tomar cualquier decisión; y lo protege también de que decidan algo malo, durante la revolución o tras su sofocamiento, quienes deciden sobre la vida ajena.

El héroe de nuestra historia, el ingeniero mecánico Gyula Fátray, había celebrado su cuadragésimo sexto cumpleaños el 2 de septiembre y tras un día entero de ayuno ingresó en el hospital el miércoles 17 de octubre a primera hora de la mañana. En el hospital ya no le dieron de comer, sólo de beber. Por la mañana, a mediodía y por la noche le aplicaron unas exhaustivas lavativas, y al día siguiente, el 18, fue operado por un primo segundo de su mujer, el doctor Zoltán Kállai.

Los dolores que acompañan a la primera defecación tras una operación de hemorroides se suelen comparar con los de un parto, y conviene que eso ocurra en el hospital puesto que pueden producirse complicaciones. Nuestro héroe descargó un lunes, cuatro días después de la intervención, y el profesor adjunto Kállai lo felicitó y le dijo que en un par de días podría incluso regresar a su casa.

Sin embargo, el miércoles no se produjo tal regreso a casa porque el día anterior por la tarde había comenzado el tumulto.

Evacuaron el hospital y mandaron a todo el mundo al sótano, a donde llevaron directamente a los heridos de la calle. Desde un punto de vista militar, la ubicación del hospital Rókus no es muy afortunada. Se construyó antes que las casas aledañas de cinco o seis alturas, y llega hasta la calzada de la calle Rákóczi. En varias ocasiones se planteó su derribo, pero finalmente permaneció en su sitio. A finales del siglo XVIII nadie pensaba que Pest pudiese convertirse en el escenario de una guerra, a pesar de que los arquitectos eran exactamente iguales que quienes los habían precedido y que quienes les siguieron. La reconquista de Buda no fue un rifirrafe incruento, bien podrían haberlo recordado cien años más tarde. Cincuenta años después de la inauguración del hospital estalló una revolución y una guerra de independencia. Desde lo alto del monte Gellért se podía disparar magníficamente contra todo Pest, incluido el hospital Rókus, que en aquel entonces se hallaba en el límite del centro de la ciudad. En la Segunda Guerra Mundial el edificio sufrió varios impactos de bala, fue entonces cuando en el sótano se estableció por primera vez un quirófano de emergencia. Como no se disponía de dinero para acometer una reforma completa, sólo se reconstruyó la capilla, que había sido destruida por los bombardeos. Los impactos de las balas en el largo muro que daba al Teatro Nacional eran visibles incluso once años más tarde.

Ahora, tanto desde la estación del Este como desde las posiciones de las inmediaciones de la parada final del tranvía, cerca del herrumbroso frontal del puente Erzsébet, volado durante la guerra, se disparaba apasionadamente contra aquella parte del hospital que daba a la calle. Los heridos insistían en que los húngaros disparaban contra los húngaros, algo que la mayoría de los pacientes y los médicos no quería creer.

¿Cómo que «húngaros contra húngaros»? ¿No será «rusos contra húngaros»?

¡Y eso que a tan sólo treinta metros, delante del Teatro Nacional, estaban destrozando la estatua de Stalin! ¡Bah! ¿Y cómo había llegado hasta allí desde la calle Dózsa György? ¿Volando tal vez? Sí, ¡o la habían hecho volar! Algunos llevaban al hospital pedazos de bronce, grandes y pequeños, y decían que procedían de las manos, las orejas o la nariz del ídolo.

¡Increíble!

Contra el Teatro Nacional se disparaba desde la Gran Ronda, pese a que no llegaba hasta la calzada. Disparaban también contra la sede del *Pueblo Libre*, cuya imprenta en el primer piso ya había sido saqueada. El paternóster había dejado de funcionar, y en la planta baja habían rajado el tabique de conglomerado que separaba las cabinas que subían de las que bajaban.

Las armas tronaban, y sobre la cabeza de los enfermos todo crujía constantemente. Pese a la orden de la dirección del hospital, los enfermeros y los pacientes más osados se habían arriesgado a ir a la planta baja o a subir al primer piso para escuchar por los auriculares de los aparatos de radio colocados en las cabeceras de las camas la emisora Kosuth, la única que se podía captar, y que inesperadamente se había ganado el nombre de Radio Libre Kossuth. Los que traían las noticias daban cuenta de las contradictorias órdenes del Gobierno y del Partido, e informaban de que, por lo demás, emitían música clásica sin parar. De vez en cuando cesaba la recepción debido a que el suministro de electricidad se cortaba: cuando esto sucedía, para realizar las intervenciones el sótano se iluminaba con velas, candelillas y lámparas de petróleo.

El martes por la tarde, Gyula Fátray estaba cenando sen-

tado en su cama—ya era capaz de incorporarse, lo cual no era nada desdeñable—, con unos auriculares ennegrecidos por la galvanización, cuando oyó disparos procedentes de la calle Sándor Bródy, así como de los auriculares. No daba crédito a sus oídos, y cuando lo hizo, se ofendió: nadie le había dicho que tendrían que vivir otra guerra. A su alrededor la gente era presa del pánico o se alegraba. Él, por su parte, estaba desesperado. Con ayuda de los sanos, se dedicó a transportar al sótano a los enfermos más graves, así como las camas, las mesitas de noche y los taburetes. Le vino bien el esfuerzo físico, y mientras duró esa tarea no tuvo que pensar.

El profesor adjunto Kállay, sumamente ajetreado, le gritaba cada vez que pasaba junto a él:

—Gyuszi, déjalo, se te hinchará—decía, alejándose velozmente mientras su bata blanca aleteaba.

Nuestro héroe consiguió que la noche del miércoles le sobreviniese un acceso de fiebre. El jueves 25 de octubre el doctor Kállai le diagnosticó neumonía cuando pegó el oído a su espalda y su pecho.

—Gyuszi, querido, ni hablar de darte el alta. Tienes que guardar cama hasta que esto se cure completamente.

—Ya guardaré cama en casa.

—¡Pero si están disparando por toda la calle Rákóczi y por la Gran Ronda!—gritó el doctor Kállai—. Tampoco yo puedo irme a casa, a todo el que se atreve a asomar la nariz le sueltan una ráfaga.

El profesor adjunto Kállai vivía a la vuelta de la esquina, frente al cine Urania, y desde la noche del martes no había vuelto a su casa. Mantenía el contacto con su esposa por teléfono. Resulta portentoso que en una ciudad en guerra funcione el teléfono, y el caso es que en Pest funcionaba.

—Anikó está histérica—dijo el profesor Kállai con sor-

na—, tiene que molestarse en bajar personalmente a comprar el pan.

Todos odiaban a la egoísta, limitada y supuestamente guapa Anikó. Sin embargo, al menos ella era digna de comprensión: había contraído matrimonio con un rico cirujano que gracias a su profesión se enriquecía ilimitadamente, de modo que ella podía colgarse todas las joyas que era capaz de llevar. Lo que no resultaba tan comprensible era por qué se había casado con ella Zoltán, que ya antes de la boda le había dado a entender que después de contraer matrimonio no renunciaría a su vida de faldero. Anikó sonrió incrédula con su carita fría y soberbia, y se ofendió mortalmente cuando Zoltán cumplió lo dicho. Nunca había amado a Zoltán, pero a raíz de aquello llegó a odiarlo; con todo, no quería divorciarse, pues el bienestar le pesaba más. Zoltán también le declaró que no quería tener hijos, que ya había tenido suficiente con que su anterior mujer y sus dos hijas hubiesen sido gaseadas. Anikó no se había empeñado en tener descendencia.

El profesor adjunto Kállai pasaba dieciocho horas al día operando o asistiendo en operaciones, y el resto del tiempo discutía y votaba junto a sus colegas quién debía formar parte del comité revolucionario y quién no. Finalmente, la mitad del comité se constituyó con médicos, y la otra mitad con personal del hospital.

En el estrecho círculo familiar, el doctor Kállai había insistido ya varias veces en que odiaba el sistema, pero ahora declaraba públicamente que había que desalojar del poder a los comunistas. Había entrado en el Partido en el cuarenta y cinco, pero a lo largo de los años las reuniones le habían gustado cada vez menos, y había criticado duramente la política antiintelectual del Partido; no obstante, no se había dado de baja.

—Zoltán es un reaccionario—afirmaba Kati, la mujer de Gyula, cada vez que se reunían con él; luego, para quitarle hierro al comentario, añadía—: Ya de niño era un reaccionario.

Zoltán llamó «giro histórico» a la revolución; sin embargo, su entusiasmo se desinfló un poco tras las primeras dos sesiones del comité revolucionario. El voto de un médico valía lo mismo que el de un encargado de la limpieza. ¿Qué era eso sino otro ejemplo más de la dictadura del proletariado? ¿Que los médicos fuesen una minoría en un hospital!

Primero discutieron su nombre, si debía ser «comité revolucionario» o «comisión revolucionaria». Se pasaron con ello una hora y media, a pesar de que debían realizar urgentemente una operación; sin embargo, nadie dejó de parlotear en aquella reunión. Los que argumentaban a favor de «comisión» tildaban de renegados de las tradiciones húngaras y de las ideas de 1848, de antipatriotas y de traidores a los que se decantaban por «comité» y a aquellos que habían sido elegidos miembros de la corporación exactamente de la misma forma que ellos. A continuación, la discusión giró en torno a la cuestión de si atender a todos los heridos o tan sólo a los húngaros; aun entre éstos, si limitarse a los revolucionarios que pudiesen acreditar dicha condición, así como el modo de hacerlo: si eran suficientes dos testigos o si se debía pedir un certificado por escrito; en este caso, qué tipo de certificado y a quién habría que pedirse-lo. Los que más clamorosamente protestaban contra la asistencia a los heridos soviéticos también habían realizado el juramento hipocrático y hasta hacía una semana habían sido fervientes estalinistas.

—Deberíamos emigrar a Palestina—dijo Zoltán—. ¡Ordenar vacas en un *kibbutz*! En el comunismo de aquí no hay nada, ¡pero allí existen comunas de verdad! No preo-



cuparnos por nada y trabajar la tierra: es lo que deberíamos hacer, porque lo de aquí no tiene remedio. ¡Y allí a los médicos también se les tiene en gran estima!

Llamaba Palestina a Israel, estaba acostumbrado a ello, y tenía la manía de decir que ya en el cuarenta y cinco deberían haber emigrado.

—Ya no es posible. Anikó no quiere marcharse, se siente a gusto aquí, y no deja de repetir que a ella no se le nota que es judía.

—Pues vete tú solo.

—No puedo dejarla sola, no tiene oficio, se moriría de hambre.

—Ya encontrará algún trabajo por ahí. Podría aprender algún oficio o trabajar como dependienta.

—No puedo hacerle eso.

—¿Por qué no?

—Porque me casé con ella.

—Entonces divórciate.

—No puedo.

—Métela en la oficina de algún paciente agradecido, y luego vete. De todas formas, le dejarías el piso, los cuadros...

—Se los dejaría, pero no le darían para vivir más de cinco o seis años...

—En ese tiempo aprenderá a hacer algo.

—No puedo ser tan vil.

—¡Pero si la engañas con cualquiera!

—Eso es otra cosa. Se lo advertí de antemano.

Las noticias, tanto las verdaderas como las falsas, apenas alcanzaban la conciencia de nuestro héroe; por fortuna, el cuerpo le ardía, lo que le evitaba tener que pensar.

Más tarde le bajó la fiebre.

No podía llamar a su casa, la línea oficial la utilizaban los

dirigentes del hospital. Había una cabina pública a la que los enfermos, pese a la prohibición, subían a hurtadillas de vez en cuando desde el sótano, por lo que la dirección del hospital, de manera sumamente ingeniosa, selló con un candado la puerta.

Esperaba que su mujer fuese a verlo. Con una nariz que se asomaba hasta el labio superior, había viajado siempre en la parte del tranvía reservada a los no judíos, y jamás se había asustado cuando los Cruces Flechadas le pedían su documentación: mirándolos de hito en hito, cogía los papeles falsos entre sus largas uñas pintadas de rojo y se los entregaba con desdén. Y aquello surtía efecto. Pero Kati no venía. Era posible que en otras partes de la ciudad también hubiese enfrentamientos.

Fuera debía de reinar un caos enorme, la constitución del Gobierno cambiaba a diario, cada día surgían nuevos partidos y se creaba una multitud de comités. Los enfermos, los médicos, los enfermeros y los nuevos pacientes refutaban o corroboraban las noticias más absurdas. Él trataba de no dar crédito a nadie, de no pensar en absoluto.

En la plaza de la República habían rodeado el edificio del comité del Partido en Budapest, habían linchado a algunas personas y estaban cavando en busca de unas mazmorras en las que se torturaban prisioneros. Cavaban asimismo en la plaza Jászai Mari, junto a la Casa Blanca, el edificio del Ministerio del Interior, donde también había mazmorras, ¡cómo iba a ser de otro modo!, si eso hasta figuraba en los periódicos. De allí se llevaban los cuerpos de los torturados para arrojarlos directamente al Danubio. Los periódicos los traían los médicos de urgencias. Decían que ni los insurgentes ni las tropas disparaban contra las ambulancias, con sus banderitas de la Cruz Roja asomando por la ventanilla.

Zoli Kállai sostenía que había logrado hablar con Kati